

LIBANO: ENSAYO GENERAL PARA UNA GUERRA CIVIL

EN el cine Eldorado, una de las elegantes salas de la distinguida calle Hamra, de Beirut, los libaneses esperaban la anunciada proyección de «Estado de sitio», la película de Costa Gavras, dedicada a la gloria de los tupamaros uruguayos. Pero, después del «raid» israelí del pasado mes de abril y del infructuoso ataque llevado a cabo por el Ejército libanés contra la resistencia palestina en el mes de mayo, las autoridades del país han considerado que, dados los tiempos que se avecinan, no conviene perfeccionar a la población en las sutilezas de la guerrilla urbana, y han prohibido la película.

Porque el alto el fuego establecido a mediados de mayo entre los militares libaneses y los «fedayin» palestinos es engañoso. Si los combates no se reanudan en las próximas semanas, lo harán en los próximos meses. El problema es de fondo y las contradicciones que se hallan en juego son explosivas. Parece inevitable la guerra civil.

Incapaz de destruir por sus propios medios las estructuras de la resistencia palestina sin provocar, al mismo tiempo, conmociones irreparables en el peculiar equilibrio confesional del Líbano, delicada obra de relojería constitucional, el Ejército libanés del general Iskander Ghanem se ha tomado un respiro en busca de apoyos menos velados para lograr sus objetivos. Los pretextos para dar la señal del día «D» se han multiplicado en estas últimas semanas. Basta recordar que el enfrentamiento de mayo se desencadenó tras el hallazgo de una bomba colocada por manos desconocidas en los lavabos del aeropuerto internacional de Beirut. Recientemente, los servicios de inteligencia palestinos han descubierto, poco antes de ser puesto en práctica, un plan de sabotaje consistente en realizar una serie de ataques contra hoteles y restaurantes frecuentados por ciudadanos extranjeros, como si la resistencia hubiera emprendido una operación de venganza por la muerte de sus tres líderes en la noche del 11 de abril. Tal podía haber constituido el detonante de una nueva ofensiva contra los «fedayin», en la que se preveía la intervención de la Sexta Flota



Un soldado israelí señala con una cruz roja la puerta de la casa de ciudadanos árabes, que condena al edificio a ser volado en los territorios ocupados, acusados de colaborar con los «fedayin».

norteamericana en defensa de sus compatriotas, que ya había sido puesta en estado de alerta durante los enfrentamientos de mayo.

La crisis energética que sufren actualmente los EE. UU. ha convertido el problema de Oriente Medio y el libre acceso a las gigantescas reservas petrolíferas del golfo Pérsico y del mundo árabe en un objetivo esencial y prioritario. La resistencia palestina constituye un factor esencial en la dinámica revolucionaria de la zona, que atenta directamente contra el «statu quo» de esta formidable reserva de energía,

que equivale a las dos terceras partes de los recursos mundiales, controlada en un 80 por 100 por Occidente, y que representa para Norteamérica un objetivo fundamental capaz de llevarla al umbral de la disuasión nuclear.

Los crecientes esfuerzos de los EE. UU. por estabilizar la región de modo favorable a sus intereses, son notorios y dramáticos. Por un lado, trata de fortalecer a los dos regímenes incondicionales del área: Arabia Saudita y el Irán; especialmente a este último país que, tras la visita efectuada hace pocos días por el Sha

a Washington en busca de armamento, se ha convertido en el gran gendarme del petróleo, la primera potencia militar de Oriente Medio destinada a mantener la «pax americana» en el golfo Pérsico y sus alrededores.

Al mismo tiempo, Norteamérica ha emprendido una acción de gran envergadura contra los movimientos revolucionarios de la zona, entre los que destacan la guerrilla de Dhufar, en el Sultanato de Omán y Mascate; el régimen izquierdista de Yemen del Sur y, sobre todo, la resistencia palestina.

El proceso de exterminio, que se había puesto en marcha con la normal discreción de estos casos, se ha acelerado hasta la evidencia a raíz de la muerte en Jartum de los dos diplomáticos norteamericanos por un comando de Septiembre Negro. A partir de entonces, los EE. UU. deciden participar directamente en la lucha contra las organizaciones palestinas. Así se llevó a cabo el «raid» israelí de la noche del 11 de abril, que costó la vida a tres dirigentes de la resistencia, con el papel preponderante desempeñado, como veremos luego, por la Embajada USA en Beirut.

Así las cosas, se acaba de filtrar a la luz pública el plan militar norteamericano denominado «Prometheus Fire», destinado a proteger el aprovisionamiento de petróleo en caso de «crisis aguda» y de insurrección generalizada de los productores en el marco de la batalla contra Israel. El plan consiste en el lanzamiento simultáneo de tropas paracaidistas en diferentes países árabes, ocupando los pozos y rutas del petróleo. Tales lugares serán: 1) la antigua base USA de Wheelus, en Libia; 2) un punto del litoral mediterráneo situado entre el puerto de Latakia (Siria) y Ras al Nakura (Líbano); 3) los campos petrolíferos de Kirkuk y Rumailah, enclavados, respectivamente, al Norte y al Sur del Irak; 4) Ras Al Tanura (Arabia Saudita), en la costa del golfo Pérsico, cerca de la base USA de Dahran.

Dentro de semejante contexto y del creciente apoyo estadounidense a las acciones libanesas, jordanas e israelíes contra las organizaciones de «fedayin», es como hay que interpretar la fase actual de la resistencia palestina y el silencio que mantiene desde



Durante los funerales de los tres líderes caídos, las autoridades libanesas contemplaron sorprendidas cómo 300.000 personas, más de la mitad de la población de la capital, se lanzaban a la calle para acompañar los féretros y testimoniar su solidaridad con la Resistencia.

FRANCISCO CERECEDO

el pasado mes de mayo. Para ello hay que analizar detenidamente las circunstancias del «raid» israelí-norteamericano de abril en Beirut, que ilustran perfectamente, por un lado, los métodos que van a prevalecer en esta nueva etapa de la lucha contra las organizaciones guerrilleras y, por otro, explican las consecuencias

que ha producido en el interior de la resistencia y las líneas futuras de actuación que estos días ponen a punto los «fedayin».

Repasemos un poco la historia. En la noche del 11 de abril, a la 1,30 de la madrugada, grupos de comandos israelíes atacaron simultáneamente varios lugares relacionados con la resistencia pa-

lestina. Los objetivos eran los siguientes:

1. Dos casas situadas en la calle Verdun, en el centro de Beirut, donde vivían tres líderes palestinos: Kamal Aduan, miembro del Comité Central de Fatah; Abu Yussef, del Comité Central de Fatah y del Comité Ejecutivo de la Organización de Liberación de Palestina, y Kamal Nasser, del Comité Ejecutivo de la OLP y portavoz oficial de la revolución palestina.

2. El cuartel general del FDPLP (Frente Democrático Popular de Liberación de Palestina), enclavado en el campo de reguados Sabra, al Sur de Beirut.

3. Algunos edificios situados en distintos puntos de la capital, y Aldawarah, unos kilómetros al Sur de Beirut.

4. Una estación de gasolina y un garaje en la ciudad de Sidón, al Sur del país, con el fin de aislar Beirut y cortar los refuerzos que pudieran llegar de las unidades palestinas estacionadas en la frontera meridional.

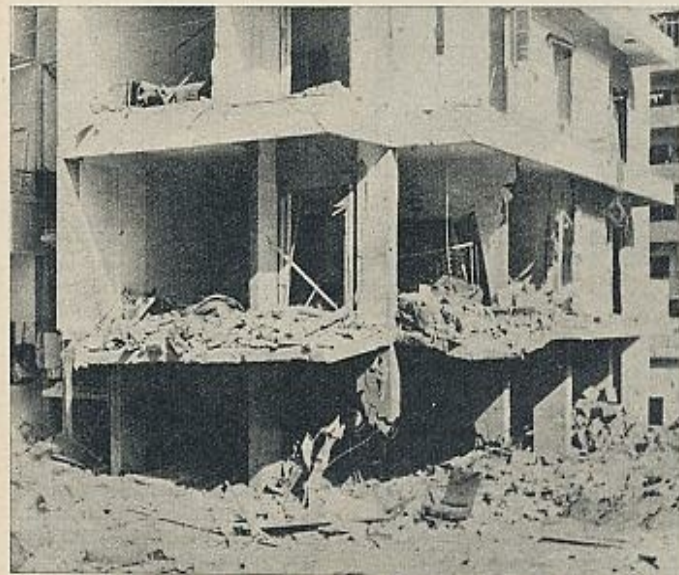
El balance de la operación fue de treinta muertos libaneses y palestinos, entre ellos los tres dirigentes más arriba mencionados, a los que hay que añadir a una italiana, de setenta años, la señora Clara Morelli, vecina de Kamal Nasser, que abrió la puerta al escuchar el tiroteo y fue asesinada en el acto por los atacantes. Por

parte israelí hubo dos muertos y dos heridos, según el parte oficial de Tel Aviv. Terminado el «raid», los comandos se replegaron hacia la playa de Ramlet Al Balda, en plena capital, y embarcaron dejando abandonados en la orilla seis Mercedes que les habían transportado.

Todo parecía perfecto y, al día siguiente, la prensa occidental se haría eco, con admiración, del éxito y la precisión de un golpe realizado en el mejor estilo «jamesbondista». Pero pronto surgen los interrogantes.

En la calle Verdun, el número de los atacantes a cada apartamento de los tres dirigentes palestinos fue de cinco, es decir, un total de quince personas, además de las unidades de protección que permanecieron fuera de los edificios y de los dos conductores de los coches que se utilizaron, que se supone permanecieron junto a sus vehículos preparados para la retirada. Teniendo en cuenta que cada coche sólo puede llevar seis personas, como los «taxi-services», para no llamar la atención, se deduce que el número de atacantes de la calle Verdun fue mayor que el de los comandos transportados por los dos automóviles hacia la playa para evacuarlos.

En el asalto al cuartel general del FDPLP, situado en el campo de Sabra, junto al aeropuerto internacional de Beirut, la cantidad



Estado en que quedó la sede del FDPLP tras la refriega, en la que se emplearon lanzacohetes y explosivos de gran potencia.

LIBANO: ENSAYO GENERAL PARA UNA GUERRA CIVIL

de individuos necesarios para silenciar los puestos de observación, realizar la operación, proteger a los atacantes y asegurar su retirada, representa un número que oscila entre los treinta y cuarenta elementos. Pero después del ataque, efectuado con cohetes y gran potencia de fuego, sólo tres coches se dirigieron a la playa para el embarque de los asaltantes. Contando con un vehículo para transportar los explosivos, lanzacohetes, etcétera, quedan dos automóviles que no pueden albergar más de doce personas.

Los comandos que atacaron Aldawrah se retiraron todos en un coche hacia la playa, pues resultaba peligroso, dada la distancia, regresar a Beirut. Así, pues, la conclusión parece simple: los asaltantes de la calle Verdun y del campo Sabra no fueron evacuados en su totalidad hacia la playa, porque su número era muy superior a las posibilidades de los seis coches hallados en la costa Sur de Beirut.

Llegados aquí, se abre otro capítulo de incógnita. Si la mayor parte de los atacantes permaneció en Beirut, ¿qué significaba entonces la operación de embarco y desembarco en la costa Sur de la capital?

En buena técnica militar, las ventajas de este modo de operar resultan claras:

a) En primer lugar, hacía creer que los atacantes procedían del mar y no del interior de Beirut.

b) Garantizaba la protección de la retaguardia de las unidades de ataque que estaban actuando dentro de la capital, aseguraba por mar la evacuación de los heridos y los muertos (después de la operación se observaron muchas manchas de sangre y numerosas armas abandonadas, pero no apareció ningún cadáver, a excepción de uno, con la cabeza y los brazos cortados para evitar su identificación, hallado más tarde en el Hospital Americano de Beirut, lo que parece indicar la implicación de elementos del interior del país que podrían ser reconocidos por los palestinos). Este sistema también permitía la evacuación de los que alquilaron los coches, de los que participaron en la preparación y recogida de información, cuya permanencia en el Líbano, tras el «raid», representaba un evidente peligro y servía para hacer salir del país a la unidad que atacó Aldawrah, pues resultaba difícil su regreso a Beirut.

c) Daba la sensación de que todas las fuerzas atacantes fueron evacuadas, para cubrir a los que se quedaban en la capital.

En este punto, los «fedayin» acusan sin rodeos a los norteamericanos de haber participado activamente en el «affaire», fundándose en los siguientes hechos:

1. Que si era posible la entrada en el Líbano, con pasaportes falsos, de los elementos que alquilaron los coches y se alojaron en diferentes hoteles como el Atlantic y el Sands, el método resultaba en cambio peligroso para la totalidad de las unidades atacantes. La conclusión de los servicios de inteligencia palestinos es que dichas unidades llegaron al país bajo una identidad y una forma concreta y común para todas ellas. Tal afirmación, según los

decir, se trataba de una inequívoca alusión al Líbano.

2. El 2 de marzo, el «Time» publicaba la noticia de la formación de una fuerza especial estadounidense destinada a la lucha antiterrorista a las órdenes de Erman Meyer, antiguo embajador USA en Beirut. Hecho que los «fedayin» relacionan con la formación de una comisión coordinadora antiterrorista establecida meses atrás entre la CIA, el FBI y el Mossad israelí.

3. Como prueba de la intervención directa de los norteamericanos en el «raid», los palestinos aducen que, a pesar de que Israel dispone de una industria

de la tarde, al aeropuerto internacional de Beirut, donde disfrutaban de una entrada especial fuera de todo control libanés. Aproximadamente dos horas más tarde, el avión estadounidense despegó de nuevo con los otros quince soldados que han cumplido su estancia en Beirut. Esta vez, después del ataque, aterrizaron, a la misma hora de siempre, los quince «marines» del relevo, pero, contra lo acostumbrado, el aparato no elevó el vuelo hasta las once de la noche, cuando, en plena oscuridad, se acercaron varios automóviles de la Embajada al final de la pista y embarcaron cuarenta y cinco hombres, es decir, treinta más de los que habían descendido horas antes.

Los «fedayin» sostienen que el grueso de las fuerzas asaltantes entró en el Líbano como si se tratara de un refuerzo del contingente encargado de proteger la Embajada USA, y que tales unidades se hallaban reunidas en la misma Embajada, que era el lugar adecuado para proveerlas de las informaciones y órdenes detalladas necesarias para llevar a cabo una operación de esta índole, y que, finalmente, los atacantes que se quedaron en Beirut después del «raid» se refugiaron de nuevo en el recinto diplomático o en algunas casas de sus funcionarios, que gozan de inmunidad.

«Las autoridades libanesas nos dijeron: vosotros guardad los campos de refugiados, que nosotros protegeremos la capital. Y era una trampa —nos explica Abu Lotuf, uno de los líderes palestinos, miembro del Comité Central de Fatah—. No lo digo para justificarnos. Explico simplemente lo que pasó; aunque esto no quiere decir que no hayamos cometido errores. Beirut es un Hong Kong, donde los espías y los traidores se mueven con mucha libertad...»

En la noche del ataque, patrullas libanesas recorrían, contra sus hábitos normales, la Cornisa Chouran, es decir, el lugar donde iba a desembarcar parte de los comandos israelíes. Al mismo tiempo, desde el barrio residencial de Rauche fueron vistos helicópteros que se dirigían al techo acondicionado para aterrizajes de la Embajada USA.

Unas horas antes del ataque fueron cortadas todas las comunicaciones de los centros y oficinas de la resistencia, así como los teléfonos de los domicilios de los dirigentes guerrilleros. Durante la refriega, los cuatro cuarteles libaneses situados en las inmediaciones de los lugares donde se combatía, los cuarteles Emir Fakhreddine, Emir Bachir, Es-



Una de las pruebas de la participación norteamericana en el ataque de la noche del 11 de abril. Las armas abandonadas por los asaltantes llevaban la siguiente inscripción: «Arma fabricada especialmente por la Compañía O. F. Mosberg e Hijos, Kentucky, USA».

guerrilleros, se conecta con una serie de noticias dadas a conocer durante las semanas que precedieron al ataque, entre ellas una crónica emitida por la radio israelí, el 18 de marzo de 1973, procedente de su corresponsal Meyer en Washington, en la cual reproducía las declaraciones de funcionarios norteamericanos sobre el envío de hombres y blindados a las Embajadas USA instaladas en los países que sirvieran como base de partida al terrorismo; es

de armamento ligero muy desarrollada, las armas abandonadas por los atacantes llevaban la inscripción: «Arma fabricada especialmente por la Compañía O. F. Mosberg e Hijos, en Newhavean, Kentucky, USA».

4. Otro hecho observado por los guerrilleros. Cada dos semanas, los quince «marines» de servicio en la Embajada USA de Beirut son relevados por otros tantos compañeros que llegan en un avión militar, hacia la cinco



Manifestación de mujeres árabes por las calles de Jerusalén. En las pancartas: «Jerusalén es nuestro, Jerusalén quiere decir paz».

cuadra 16 y el de la Gendarmería Móvil se mantuvieron al margen de la lucha, entablada, en algunos casos, a menos de 100 metros de distancia de ellos. Nadie se movió, a pesar de las reiteradas llamadas de Yasser Arafat, en el transcurso de la hora y media que duró el ataque, al primer ministro libanés, Saeb Salam, que luego dimitiría acusando al general Iskander Ghanem de no haber cumplido sus órdenes de intervención.

Nada más terminar el «raid» fue cortada instantáneamente la luz eléctrica en las zonas afectadas por el ataque, lo que facilitó definitivamente la retirada de los asaltantes. Mientras los israelíes se encontraban todavía combatiendo en los apartamentos de la calle Verdun, tres «jeeps» con veinte «fedayin», mandados por un oficial de la OLP, Abu Jaled, se dirigía a toda velocidad hacia allí por la calle de la Unesco, cuando fueron interceptados por soldados del cuartel número 16, que detuvieron al oficial e impidieron el paso de los guerrilleros. También dentro de los incidentes que siguieron al finalizar el ataque, tres «jeeps» de la resistencia que perseguían a un coche que había participado en el asalto, fueron sorprendidos, al llegar a las inmediaciones de la Embajada USA, por un contingente del Ejército libanés —que jamás se había estacionado en aquellos lugares antes del ataque—, que permitió el paso del automóvil perseguido a la Embajada, cerrando la barrera de nuevo ante los vehículos de los «fedayin».

El Ejército libanés, controlado por los cristianos maronitas, que desde su creación jamás ha participado en un conflicto bélico, se aficionó a los asuntos de Es-

tado en 1958, cuando su miembro más ilustre, el general Fouad Chehab, accedió a la presidencia de la República. Desde entonces no ha dejado de intervenir, de modo directo o indirecto, en la política del país. De sus 12.000 hombres, sólo 5.000 se encuentran en disposición de combatir; el resto se dedica a los servicios o a la Administración. La obra maestra del Ejército libanés ha sido el servicio de inteligencia militar, el «Deuxième Bureau», uno de los mejores del mundo, cuyos antiguos dirigentes de la época dorada: Sami Khatib, Sami Cheika, Kamal Abelmalak, Jean Nassif y Gaby Lahoud, este último residente ahora en Madrid, se hallan condenados en rebeldía a varios años de prisión, y para quienes el general Chehab, el viejo «patrón» fallecido el pasado abril, solicitó el indulto en su testamento. El Ejército libanés odia a los «fedayin» porque le crean situaciones comprometidas con los israelíes y le impiden la plena entrega a su verdadera vocación: la política.

Desde el punto de vista político, los últimos acontecimientos sucedidos en Beirut han actuado, en cierta medida, a favor de la resistencia, y probablemente los israelíes no hayan alcanzado los objetivos pretendidos al organizar el espectacular «raid» de abril; del mismo modo que el Ejército libanés tampoco ha logrado separar a los «fedayin» de la población libanesa con su acometida de mayo, sino que, por el contrario, colocó al país al borde de la crisis económica y de la guerra civil.

Ambas agresiones han aportado su brutal dinámica para solventar una serie de problemas que tenía pendientes la resistencia. En primer lugar, han favorecido a los

elementos más radicalizados de las organizaciones guerrilleras, que defienden la lucha armada como la única salida de la situación actual. La polémica que oponía a «moderados» e «intransigentes» en el seno de la resistencia, ha sido apaciguada «manu militari» por los israelíes, que en la noche del 11 de abril eliminaron a tres de los más importantes líderes del ala negociadora, a los interlocutores naturales de un posible diálogo o de un compromiso. Veamos quiénes eran los muertos.

Kamal Nasser no pertenecía a ninguna organización guerrillera. Cristiano, excelente poeta, miembro del Comité Ejecutivo de la OLP y su portavoz oficial, era lo que en términos del movimiento palestino se denomina un «independiente». La guerra de los Seis Días le sorprendió en Cisjordania, ocasión que aprovechó para entrevistarse con las autoridades israelíes intentando convencerles que era la ocasión para conseguir la paz a cambio de la evacuación de los territorios ocupados. No fue escuchado y, decepcionado, se unió a la resistencia. Personaje ocurrente, cáustico, vivía una contradicción no resuelta entre el poeta individualista, en la más pura tradición humanística cristiana, y el revolucionario panárabe arrastrado por la vorágine de la acción colectiva. Sus agudezas circulan todavía como relajadoras consignas entre los «fedayin» y aún se recuerdan sus frases ingeniosas contra el régimen nasserista que le costaron la expulsión de Egipto en los años 60. Le vimos por última vez, dos meses antes de su muerte, en el hotel Semiramis de El Cairo, adonde venía a comentar puntualmente el desarrollo de los acontecimien-

tos durante el XI Consejo Nacional Palestino. Los líderes guerrilleros más radicales, como Abu Ayad y Abu Lotuf, practicaban con Kamal Nasser una especie de paternalismo entrañable que todavía no se ha borrado con su muerte. Con ambos hemos recordado recientemente una anécdota de Kamal Nasser, que da una idea del «peligroso terrorista» que han eliminado los israelíes.

En cierta ocasión, después de la matanza de Amman, en septiembre de 1970, un grupo de «fedayin», por orden de Yasser Arafat, se dirigía en un coche hacia la frontera sirio-jordana para cumplir una misión en Amman. Con ellos iba Kamal Nasser, ignorante del lugar de destino de la expedición. Cuando descubrió que se aproximaban a la frontera de Jordania, comenzó a inquietarse y a pedir que le llevaran inmediatamente a la presencia de Yasser Arafat. «Es muy urgente —insistía—; tengo que hablar ahora mismo con Abu Ammar». Como resultaba imposible continuar la misión en tales condiciones, le condujeron a una base cercana, donde se hallaba Arafat, y nada más encontrarle, le dijo: «Yo me llamo Kamal Boutros Nasser. No Ernesto Che Guevara. De modo que me quedo aquí y que se vayan éstos solos».

Kamal Nasser escribía unas cartas en su apartamento del cuarto piso de la calle Verdun, de Beirut, cuando le sorprendió la muerte. Una granada, disparada a quemarropa por un fusil israelí, le estalló en el estómago. Después fue cosido a tiros en un círculo alrededor de la boca, como una siniestra alusión a su condición de portavoz oficial de la OLP.

El segundo líder asesinado, Kamal Aduan, habitaba en el mismo edificio que Kamal Nasser, un piso más abajo. Era uno de los dirigentes más caracterizados del ala derecha de la resistencia. Anticomunista convencido, fue uno de los partidarios de buscar un compromiso con Hussein después de los enfrentamientos de septiembre de 1970. Había vivido muchos años en Arabia Saudita y Qatar, y se dice que, en aquella época, pertenecía al movimiento derechista de los «hermanos musulmanes».

El apartamento de Abu Yussef, el tercer líder caído, se hallaba en la sexta planta del edificio de enfrente, en la misma calle Verdun. Después de la guerra de junio de 1967, había abandonado su vida de importante hombre de negocios en el golfo Pérsico para unirse a la resistencia. Era un perfecto diplomático y hábil negociador. Estaba encargado de

LIBANO: ENSAYO GENERAL PARA UNA GUERRA CIVIL

suavizar las relaciones entre las autoridades libanesas y las organizaciones palestinas.

Con la colaboración de israelíes, norteamericanos, jordanos y libaneses se acelera el relevo de los líderes históricos de la resistencia y se abre paso, para ocupar el puesto de los caídos, una nueva guardia revolucionaria palestina, menos condicionada por épocas anteriores, que ha nacido a la vida política entre los estampidos de junio de 1967 y las matanzas jordanas de 1970. Más preparada ideológicamente que sus antecesores, son los animadores de Septiembre Negro, que no han conocido otro modo de existir que el combate y que, hasta ahora, no eran más que los lugartenientes marxistas de anticomunistas como Kamal Aduan y Abu Yussef.

Uno de los componentes de la «nueva guardia» palestina nos comentaba de este modo significativo el asesinato de los tres líderes: «Ha sido el precio de vivir en la calle Verdun. Si no estuvieran casados y con una familia, no les habría ocurrido nada. Cuando se está casado, hay que vivir con la familia y hay que tener un lugar estable como residencia. Fijate en Arafat. Se le podrá criticar lo que se quiera, pero vive como un auténtico revolucionario. Cada día duerme en un sitio diferente. Nadie sabe nunca dónde se encuentra. A veces, en la misma noche, cambia de lugar en varias ocasiones. Ha renunciado a casarse. Esto es lo que debiera hacer todo revolucionario».

Un segundo efecto de las acciones israelí-americanas-libanesas contra la resistencia, ha sido de estímulo para la unión de las organizaciones guerrilleras. «¿Qué sucedió en 1967? —explica Abu Lotuf—. Que el Ejército israelí unificó Palestina, que estaba partida desde la creación del Estado de Israel. Ahora, en 1973, ha unido a la resistencia». Uno de los problemas inveterados de los «fedayin» consistía en su dispersión en diferentes grupos y, por tanto, en la falta de coordinación de sus actividades políticas y militares. Los continuos ataques han puesto en evidencia la inmediata necesidad de la unión. Uno de los momentos más espectaculares de esta aproximación se ha desarrollado recientemente cuando Abu Ayad, dirigente de Fatah, y Nayef Hawatmeh, líder del FDPLP, intervinieron juntos en un mitin convocado por el Frente Democrático, en el que ambos insistieron sobre el tema de la fusión. «La resistencia debe unirse —declaró Abu Ayad— y se han realizado progresos muy sensibles en

este sentido. Pero los que actualmente se permiten prodigarnos consejos y reclaman la unificación de la resistencia, son los mismos que actúan para la liquidación de la causa palestina. La revolución no puede contentarse con la participación de delegaciones árabes en los funerales de sus víctimas; no tiene necesidad de apoyo verbal. Todo lo que reclama es que las fronteras con el enemigo vuelvan a abrirse». Nayef Hawatmeh, por su parte, lanzó un llamamiento para la formación de un frente unido palestino e insistió sobre la necesidad de «dirigir la lucha contra los intereses norteamericanos, que se han triplicado en la región desde la derrota de junio». Abu Ayad nos comentaba en El Cairo, hace pocos meses, el problema de las fronteras: «Para darle una idea de nuestras dificultades, voy a decirle que se producen tres veces más operaciones nuestras desde los países reaccionarios que desde los que se autodenominan progresistas».

El «raid» sobre Beirut y el ataque libanés a los guerrilleros ha servido también para mostrar a los revolucionarios palestinos que su nueva forma de trabajar entre las masas árabes comienza a dar sus frutos. Durante los funerales de los tres líderes caídos, las autoridades libanesas contemplaron sorprendidas cómo 300.000 personas, más de la mitad de la población de la capital, se lanzaban a la calle para acompañar los féretros y testimoniar su solidaridad con la resistencia. En Kuwait, algo insólito en la patria del orden y de la opulencia, se manifestaron en duelo 40.000 personas. Los israelíes han expresado públicamente su inquietud ante las reacciones suscitadas por el ataque del 11 de abril entre la población de la Cisjordania ocupada. He aquí un texto revelador del diario gubernamental israelí, «Davar»: «Los israelíes que comienzan a conocer realmente a la población de Cisjordania, se dan cada vez más cuenta que el término "coexistencia pacífica" resulta una tontería. Quizá se pueda mantener una coexistencia con la clase trabajadora, pero en cuanto los árabes reciben una educación secundaria, su hostilidad y su odio hacia Israel carecen de límites. Resulta doloroso para un israelí escuchar a los estudiantes cisjordanos justificar las matanzas de Lod y de Munich. Hace seis años que los israelíes ocupan Cisjordania. Las reacciones de los cisjordanos prueban que la coexistencia pacífica no ha avanzado un solo paso».

Un cuarto efecto positivo de las operaciones israelíes consiste



Kamal Nasser, del Comité Ejecutivo de la OLP y portavoz oficial de la revolución palestina, muerto tras el ataque israelí a su apartamento de la calle Verdun, de Beirut.

en que han terminado por anular definitivamente la división que oponía, en el interior de la resistencia, a veces de modo turbulento, a «políticos» y «militares». Ahora todos se encuentran bajo el fuego enemigo en el mismo campo de batalla.

Las masas árabes se radicalizan con los palestinos que denuncian, por estos días, la preparación de un nuevo ataque contra ellos. Todas las oficinas y dependencias de los «fedayin» se encuentran en estado de alerta convertidas en auténticos fortines. «Lo que la Embajada USA y los israelíes prepararon hace tres años en Jordania —nos dice Abu Ayad— quieren llevarlo a cabo ahora en el Líbano. Pero prefieren cambiar de táctica, y en lugar de atacar a la base de la revolución, pretenden terminar con ella liquidando a sus jefes. Pero no saben que, si nos matan cuarenta dirigentes, por cada cuarenta jefes podemos crear ciento cincuenta».

En la fase actual de la resistencia, se pueden destacar cuatro grandes objetivos fundamentales que se han propuesto los «fedayin»:

1. La unión con las masas árabes. Para ello necesitan ganar tiempo. Así lo expresa Abu Lotuf: «Con los acuerdos que hemos establecido con el Ejército libanés, tratamos de evitar un pretexto a los israelíes para ocupar el Sur del Líbano y a los reaccionarios libaneses para aniquilar la revolución, hasta que las masas libanesas se encuentren en condiciones de madurez suficiente para afrontar con éxito estos ataques de la reacción».
2. Derribar el régimen jordano mediante la creación de un amplio frente de todas las fuerzas de oposición dentro de este país.
3. Intensificar el trabajo político entre la población de los territorios ocupados.
4. Estrechar vínculos con las organizaciones progresistas y la naciente izquierda revolucionaria de Israel. La eficacia de dicha labor ha podido ser comprobada directamente por las autoridades

israelíes al haber descubierto una red guerrillera antisionista, el Frente Rojo, en la que participan árabes y judíos. De los detenidos judíos, tres de ellos habían nacido en Israel, eran «sabras», hijos de la tierra prometida; uno había nacido en un «kibbutz», otro era paracaidista, la élite del Ejército, y rompían el mito más sagrado y operacional del Estado sionista: la unión nacional de todos los israelíes frente al enemigo exterior.

A más largo plazo, los «fedayin» advierten la necesidad de establecer un gran frente anti-imperialista en el Mediterráneo hasta conseguir la liberación de la zona, y también aspiran a lograr que la Unión Soviética tome partido activo por este fenómeno local, la revolución palestina, que no se encuentra previsto en el marco de su estrategia mundial de coexistencia pacífica con los Estados Unidos. Pero sobre sus comedidas relaciones con la URSS, los guerrilleros no suelen ser demasiado explícitos: «Nosotros tenemos nuestros aliados indirectos y nuestros enemigos directos. Aceptemos nuestros aliados indirectos», responde Abu Lotuf.

Los periódicos de Beirut anuncian con gran despliegue fotográfico a Nadia Gamal, bailarina oriental que danza el vientre en la sala de fiestas del Paon Rouge, donde suelen quedar en paz con sus ganancias los jugadores de ruleta del salón contiguo del hotel Phoenicia. A pocos metros de allí, a la mañana siguiente del «raid», fue detenido por el contraespionaje palestino el francés Yves Detouris, propietario del restaurante Yves y Michou, de la calle Hamra y antiguo miembro de la OAS que operó en Argelia, acusado de colaborar en la preparación del ataque israelí. Encarnación anecdótica de un fenómeno nuevo que no dejará de confundir a los socialistas europeos, tan amigos del equipo en el poder en Israel: la extrema derecha occidental, que sostenía la causa árabe en razón de sus viejos reflejos antisemitas, se distancia ahora progresivamente y sin ruido, en todos los países europeos, de una causa que pone en entredicho los intereses occidentales y comienza a descubrirse como revolucionaria. El sionismo estrena aliados duraderos. Debe tener razón el general Iskander Ghanem. Vale más contemplar los siete velos de la señorita Nadia Gamal, bailarina oriental, que llenar de malas intenciones la cabeza de la población con películas brillantes sobre los tupamaros. Si el «Prometheus Fire» no lo remedia, así son las vísperas de una guerra civil. ■ F. C.